

das pesadísimas del carro donde llevan al ídolo para que los aplaste y los hunda. Horacio perteneció al partido republicano, llevando su fidelidad hasta pelear por la república en los nefastos campos de su rota y de su muerte. Bueno que tirara escudo y lanza en la huída; poeta, naturaleza le dotó del instinto necesario para conservarse largo tiempo y encantar al mundo, que hasta un egoísmo refinado se comprende y excusa en los genios venidos á esclarecer é ilustrar nuestra especie. Pero no debió tirar su nombre y su gloria, escribiendo, por un pedazo de pan, que le procurara Mecenas, aquellas alusiones en el cántico secular á Octavio, confundiéndolo é identificándolo, como quería su desvarío, con Dios tan inspirado y luminoso cual quien representa la poesía y la ciencia en los antiguos Olimpos y entre los pueblos clásicos. Para su desdoro eterno, para su eterno deshonor, los primeros poetas del mundo romano llamaron Dios á Octavio vencedor, como pudieran llamarlo vilmente los gréculos esclavos de la envilecida Efeso. Todavía Catulo, como Tito Livio, salvan sus nombres inspirándose con amor en los sentimientos republicanos el político y satirizando el poeta con fortuna y con empeño á César. Pero Propercio, y Ovidio, y Horacio, y Virgilio, genios inmortales que debían brillar como soles en el cielo de la humana liber-

tad, aparecen atletas encorvados y humildísimos, sustentando sobre sus hercúleas espaldas el patíbulo afrentoso de la humana conciencia, el templo nefasto de la cesarista tiranía. Náuseas provoca Ovidio cuando en aquella cuarta epístola pontina, dictada para consuelo de su mujer desde las siniestras playas del destierro, después de referirle cuánto ha envejecido, no á los años, sino á los desengaños, y cómo las canas blanquean su cabeza, las arrugas surcan su rostro, las ruinas de sus fuerzas rodean su cuerpo y el deshojo de sus ilusiones cae sobre su alma dolorida, libra toda esperanza en César, á quien llama en su envilecimiento un Dios. Los maravillosos hexámetros de Virgilio, que abren é inauguran el tercer libro de sus Geórgicas, acrecientan su vileza con su hermosura. ¡Cuál melancolía tan suave y melodiosa como la más tierna y profunda é íntima de nuestros poetas líricos, aquella que siente por la extinción de todos los antiguos ideales poéticos, llorados en lamentaciones y elegías de primer orden! Ni Delos tan hermosa, ni Latona tan idolatrada, ni el niño Helas, ni Pelops célebre por sus ebúrneos hombros, Pelops, el intrépido domador, inspiran ya versos á los poetas, quienes necesitan descender de las cimas del Helicón para llevar á Mantua las palmas del Idumea, erigiendo marmóreo templo en las verdes campiñas, donde

serpentea entre céspedes el Mincio, á la gloria de César. Con cuál complacencia describe luego la pompa del vencedor, vestido con resplandeciente púrpura tiria y en cuya honra dirigiría con su látigo él cien hermosas cuadrigas, obligando con su voz á los griegos en su personal gratitud y haciéndoles abandonar las riberas del Alfeo para ir, la frente coronada de oliva, en busca del premio y en oferta del holocausto, como un sacerdocio del divino y omnipotente vencedor. Y para más realzar todo esto, contrapone las fiestas triunfales que ha presenciado él mismo en la vuelta de Octavio desde Alejandría, la pompa solemne y gozosa, los holocaustos y sacrificios llenos con bueyes inmolados, los cuadros donde se pinta un montón de britanos vencidos que parecen hasta en pinturas avergonzarse de su ignominia, las puertas sacras de marfil y oro donde constan las esculturas representando las victorias conseguidas en el misterioso Nilo, el vistosísimo intercolumnio formado por las proas arrancadas á las naves rotas y puestas ya en forma de pirámides, ya en forma de pilastras, los trofeos traídos por la victoria desde un mar á otro mar, el mármol de Paros avivando en estatuas los descendientes de Júpiter, entre los cuales resalta Octavio alzado sobre la cerviz del género humano como un dios que resplandece y truena sobre las aras de sus

altares en lo más litúrgico y sacro de sus templos. Así, con tales adulaciones los romanos, más vencidos todavía que los extranjeros, pues mientras perdían tan sólo éstos la libertad ellos perdían la libertad y la honra, divinizaban, suicidas del alma, suicidas del honor, al tirano soberbio y omnipotente.

¿Quién podía oponerse á un déspota que daba pan, espectáculos y tranquilidad al pueblo? Él satisfacía su hambre con pan ricamente amasado; apagaba su ardiente sed con agua llamada virgen y con vino pisado en los primeros lagares de Italia. Ciento cincuenta y seis termas levantó su providencia, destinadas no solamente á refresco, y recreo, y limpieza del cuerpo, sino también á recreo, y gozo, y alegría del ánimo. Los juegos duraban meses. Barberos traídos de lejos afeitaban gratis al pueblo. En los circos llovían sobre las manos de los espectadores billetes lotéricos, donde constaban premios consistentes en jamones, trajes y hasta dinero. Así construyó como paseo el pórtico de Octavio. Todavía quedan algunas columnas de pie que asombran al viandante. Allí estaba la Venus de Médicis; allí el Amor de Praxiteles; allí los mejores cuadros de Antifelo. En sus anejos reuníanse bibliotecas para ilustrar al pueblo, salas ó curias para reunir al Senado. Pero lo que principalmente resplandecía en

aquellos instantes era el templo de Apolo, elevado al dios en quien veía Octavio su protector y su modelo. Erigiéndolo creía cumplir un voto de su antecesor Eneas al dios que fuera como escudo fortísimo de Troya y contrastara tantas veces la fuerza del destino y los decretos de Júpiter. Gran pontífice Octavio, había pegado el templo de las vestales á su casa como una especie de harén espiritual ó religioso, y había puesto los dioses mayores en el recinto doméstico cual pudiera poner los gallos y gallinas en su corral propio. Pero sobre todo, el templo de Apolo recordaba su tiranía y su victoria. Espaciosas y numerosísimas gradas á él subían; trofeos guerreros ornaban sus puertas; bajorelieves arcaicos, anteriores á Fidias, resaltaban en su frontón; cien columnas de mármol nómida sustentaban sus bóvedas; entre columna y columna veíase majestuosa y armoniosísima una serie de cincuenta estatuas que representaban las Danaides; cuatro vacas talladas por Mirón en mármol péntico sostenían ara y altar; el dios llevaba un traje rozagante oriental pegado á hermoso cuerpo y una lira de poeta y músico entre sus manos; en la celda resplandecía un áureo candelabro llevado á Cymo desde la Tebas egipcia por el vencedor Alejandro; por todas partes resplandecían trípodes argéneas, portadoras de cazoletas despidiendo misteriosas

esencias y sartas de pedrería deslumbrando la vista; todo con tal arte y tal esplendor, que semejaba un soberbio y colosal Olimpo como pudiera soñarlo en sus delirios la más exaltada poesía.

Magnífica ceremonia en Roma la dedicatoria de un templo á los dioses. En aquella previsora legislación romana preveníanse las particularidades litúrgicas de tal acto solemnísimo. No todos los romanos eran de suyo aptos para la consagración del templo. Tal honra se vinculaba en generales y cónsules tan sólo. Pero estos mismos generales y estos mismos cónsules, aunque tenían su derecho escrito en los códigos y en las costumbres, dado el carácter parlamentario de Roma, necesitaban para el instante solemne y para la consagración concreta públicas autorizaciones, ya del Senado, ya del pueblo. Julio César consagró en persona el templo de Venus Xenitrix y Octavio consagró en persona el templo de Apolo délfico. Un edicto convocó al pueblo para la ceremonia; una procesión, en la cual iban flamines y pontífices menores, partió del palacio cesáreo al templo divino; el emperador, enteramente sólo, subió la gradería del peristilo llamando á un sacerdote desde allí que le comunicara las viejas fórmulas sacras de una dedicación litúrgica; hasta que, al fin, penetró en lo interior, y tocando antes la puerta en señal de que se abría tan sólo á



empuje de sus manos, y poniéndose luego de rodillas, marchó así hasta el ara, donde prometió con voz entera y clarísima un culto al dios como nunca lo gozaran mayor los tradicionales dioses de Grecia y Roma. Todas estas particularísimas comedias sacras, que representaba con tanto arte y ciencia el nuevo dictador en el magnífico escenario de Roma, tenían por objeto anular los derechos y poderes del pueblo, acrecer los derechos y poderes del imperio. Como las compensaciones al antiguo régimen republicano, tan querido por la ciudad, se hallaban todas en los goces tranquilos de una paz perpetua, Octavio cerró el templo de Jano. Sucede con la religión romana lo mismo que sucede con el arte y la literatura. Transmitida por Grecia, carece de propia originalidad. Pero esta ley tiene varias excepciones, y entre las varias excepciones, hállase la divinidad tradicional de Jano, completa y absolutamente romana. Numa lo llevó á Roma, Numa, el rey sacerdotal por excelencia, el teúrgo maravilloso. Los reyes en persona gozaban el derecho personalísimo de ofrecer sacrificios á Jano; y cuando la monarquía se derrumbó, proscribiéndose por consentimiento unánime la palabra rey hasta en el vulgar lenguaje, quedó, por privilegio excepcional, un rey de los sacrificios, exclusivamente para ofrecer holocaustos á Jano. Este dios masculino correspondía con la

divinidad femenina de Diana. Y cual Diana reina por la noche, Jano reinaba por el día. De aquí su correlación estrecha con las puertas y su carácter litúrgico de portero. El sol abre las puertas de nuestro día. Y también las cierra. El Oriente y el ocaso ¡ah! se corresponden como la muerte y la vida. Por tanto, el dios tiene dos caras, una que se dirige al nacer y otra que se dirige al morir del sol. Nosotros no podemos pasar indiferentes en presencia de todos estos recuerdos, los cuales penetran como tuétanos en los huesos de nuestra vida orgánica y se mezclan como palabras verdaderamente sacramentales en las fórmulas de nuestra lengua vulgar y materna. Jano abre aún nuestras anualidades. De Jano se llama *Januarius*, el primer mes, Enero, como el octavo de Augusto se llama todavía hoy Agosto. Lo cierto es que las puertas de la ciudad y las puertas de los mercados se hallaban consagradas al dios, y, según una tradición, su templo principalísimo, levantado sobre la colina del Janículo, necesitaba tener las puertas de par en par francas, á fin de que penetraran por ellas las oraciones y los votos del guerrero romano perdido en cien hercúleos combates. Desde los tiempos de Numa sólo dos veces las puertas del santuario se habían cerrado. En el año 725 Roma decretó que Octavio podía cerrarlo por la tercera

vez. Aunque aun por las regiones boreales el imperio sostenía escaramuzas con tribus tan bárbaras como la sueva; y en las regiones del Mediodía occidental no acababa por completo de vencer y sojuzgar á nuestros cántabros y nuestros vascones, Octavio se apresuró á cerrar el templo, consiguiendo así un privilegio que sólo dos romanos podían desde los tiempos legendarios é históricos disputarle con algún fundamento.

Así las églogas virgilianas, prometiendo una paz perpetua, descendían á la realidad; y Octavio aprovechaba estas coyunturas propicias para, como decimos de manera gráfica en habla corriente, redondearse y redondear su autoridad suprema. Ninguna hipocresía recuerdan los anales tan fina y redomada como la hipocresía del dictador para quedarse con todos los poderes en absoluto, salvando todas las apariencias con escrupulosidad. Continuaba la República de nombre y hecho. Había cónsules periódicos y dobles, tanto, que Agripa compartía con él esta dignidad. La Cámara senatorial permanecía, y con todas sus prerrogativas y con toda su grandeza; mas, como subiera el número de senadores á novecientos, deseando con anhelo disminuirlos Octavio, redújolos á seiscientos, para lo cual no hubo menester violencia ninguna, pues limitóse á nombrarse á sí con buen acuerdo censor y notificar á

los enemigos del imperio, devotos de la república y de la libertad, cómo cargo tan eximio, cual su senaduría, resultaba en los registros de la censura moral, por él á conciencia vistos, incompatible con sus ligeras costumbres. Purificada ya la tradicional Asamblea, donde sólo quedaron la mitad y alguno más de sus individuos; hecho el recuento de los ciudadanos; y sabedor Octavio de cómo á la sazón cuatro millones había dentro y fuera de Roma; consagrado el nuevo templo de Apolo; repartidas donaciones cuantiosas entre pueblo y ejército, recurrió á la estratagema de resignar poderes aquejados por completo de la amovilidad republicana. No hay para qué decir cuán cierto y seguro se hallaba de la respuesta. Pueblo, Senado, ejército, magistratura, sacerdocio, cayeron á sus plantas y le demandaron la continuación de su gobierno. Entonces Octavio se llamó emperador. Tal título cuadraba sólo al general en jefe con mando de guerra. Y así duraba tanto como el cargo. Pero César se lo abrogó de por vida y Octavio imitó á César. El título, extendido de los militares á los ciudadanos, traía una ventaja grandísima para el ejercicio del poder supremo, dilataba la obligación del juramento militar á todos los ciudadanos. Ya emperador de por vida, necesitaba Octavio apellido nuevo que añadiese prestigio sin-

gular á su autoridad. Rey no podía llamarse, dado el horror de Roma y los romanos á ese nombre. Tampoco podía llamarse dictador, pues implicaba tal título una candorosa confesión, impropia de su habilidad y destreza. Él necesitaba nombre que nadie hubiese llevado y le prestara lustre particularísimo en el espacio y en el tiempo. Como rechazara los dictados, ya dichos, de dictador y rey, rechazó el nombre de Quirino, por demasiado religioso, y el nombre de Rómulo, por demasiado histórico. Además, llamarse Rómulo equivalía de suyo á llamarse rey, cuando pugnaba Octavio porque los romanos aceptaran la monarquía sin perjuicio de rechazar su nombre. Tras mucho buscar, encontró el apellido ya legendario de Augusto. Nadie lo había llevado en Roma. Pero este adjetivo, con el cual jamás calificaran los romanos persona ninguna, sirvió de antiguo para calificar los objetos más excelsos y sacros. El rito se denominaba en su habla clásica y corriente *augusto*; los templos eran *augustos* para el pueblo: derivado tal nombre de augurios y de augures, completaba la divinización del emperador, puesto que confundía sus apellidos y cognómenes propios con el apellido y cognomen de Júpiter. Luego, *augusto* provenía del verbo latino *augere*, que quiere decir aumentar ó aumento. El más castigado y más adulator de todos los poetas

latinos, Ovidio, nos deja en sus *Fastos* unos versos explicativos de la palabra y su elección. «Nuestros padres, dice, llamaron *augustos* á los objetos sacros, *augustas* llamaron á las aras y á las demás cosas litúrgicas indispensables á las divinidades en los templos: de tal buen agüero depende la virtud originaria de tanto nombre, porque si en Júpiter indica el aumento de su obra divina, en el jefe nuestro indicará el aumento de sus años y de su imperio.» No puede con claridad y exactitud mayor que la exactitud y claridad usadas por Ovidio, clasificarse la etimología de Augusto. Llamóse, pues, César Octavio, *augusto* emperador ó *imperator*. Este nombre de César aun resuena en nuestros oídos siniestramente y aun expresa una enfermedad interior de pueblos tan ilustres como alemanes y franceses. César se llamó Carlos V; César se llamó Carlo Magno; César se llamó Napoleón Bonaparte. Aunque allá, en el siglo tercero de nuestra era, lo abrogó un emperador, y aunque solamente lo llevaran con una especie de propio derecho los Césares pertenecientes á la familia del colosal dictador, todavía se llama *kaisar* el monarca de Austria; todavía se llama *czar* el monarca de Rusia; y *kaisares* y *czares* derivan su nombre de los Césares de Constantinopla, quienes, á su vez, lo derivaron de los Césares de Roma, como los Césares de Roma,

por su parte, lo tomaron de César y de Augusto.

Un imperio, á la verdad, no es tan sólo una persona, es también una familia. Todos los allegados por la sangre y por el apellido al monarca necesitan compartir su majestad y su nobleza. De aquí la inmensa importancia que los problemas familiares, ó sean los problemas dinásticos, alcanzan á una en toda monarquía. Las leyes romanas, escritas para un pueblo republicano, aunque admitían la diferencia esencial entre familias patricias y familias plebeyas, no contenían el caso de una familia cesárea, cuasi divina, en donde hombres y mujeres necesitan de privilegios propios, muy esplendentes, para lucir en derredor del monarca. Octavio, á quien llamaremos Augusto desde ahora, para mejor entendernos, comenzó á pensar en distinciones legales para su familia. El sistema parlamentario arraigaba tanto en las costumbres romanas, y el afán de legislar se compadecía tan bien de suyo con la romana complexión, que Augusto pidió excepciones legales para su familia. No tenía hijos Augusto. En ello fué tan desgraciado como el dictador Julio César. Pero tenía sobrinos, provinientes de su hermana Octavia, como Marcelo; nietos, provinientes de su primogénita Julia, como Agripa; entenados, provinientes de su mujer Livia, como Tiberio. Marcelo había entrado por este tiempo en

sus diez y nueve años. Una ley llamada *de Annualis*, exigía veintinueve años para postular el consulado; Marcelo pudo postularlo y optar á él dos lustros antes que los demás ciudadanos. Para su hijastro Tiberio, que, á la sazón aquella, contaba diez y ocho años, recabó la prerrogativa de optar á los cargos públicos antes de cumplir veintitrés. Así, por estas excepciones, iba poco á poco Augusto fundando la familia imperial y constituyendo una dinastía cesárea. En esta dinastía representaban papel importantísimo las mujeres. Octavia, la hermana mayor de Augusto, determinó ella sola, no solamente una parte considerable de la política interior del Imperio, sino también una parte considerable de la política exterior. Cargada de hijos en los diversos matrimonios á que la constriñeron el emperador y el Imperio para sus necesidades políticas, y hasta cargada de hijastros, al hogar conducidos por su matrimonio con el amante de Cleopatra, pedía honores, cargos, distinciones, riquezas y preeminencias sin tasa para estos príncipes de la sangre. Por su parte Livia no se descuidaba respecto de su hijo Tiberio, á quien creía ver en sueños de ambición desapoderada sobre un trono tan alto como el nuevo trono de Roma. Mas la preferida en aquella familia imperial y cesárea, la verdaderamente amada, era Julia, la princesa Julia, en quien á porfía se